

Recuerda, el dolor redime

Luis Enrique Rodríguez Villalvazo

*La sutileza del amor es un lujo.
Disfrutarlo, un exceso impropio de los estoicos.*

Veracruz, las nueve de la noche. La terraza de un café bar, apenas iluminada por un par de lánguidos faroles, guarece la vida de tres mujeres. La mirada avanza hasta el centro de la mesa que se humedece con el sudor de las cervezas y los vasos que parecen resentir los 38 grados de temperatura que el vaho marino apenas puede mitigar por instantes.

El cenicero rebosa de colillas. Paralelos a sus propietarias figuran algunos objetos: un par de celulares, las llaves de un coche, un encendedor y cajetillas de cigarros Marlboro. Una de ellas lleva el cabello corto, ojeras muy pronunciadas, rostro duro, tenso, demasiado tenso, pantalón de mezclilla —a pesar del calor— y tenis. Otra, luce en uno de sus dedos un solitario que caleidoscópico reproduce la luz artificial que las rodea. Viste a la moda; Zara es la divisa que porta su cuerpo de espaldas y cadera ancha, cabello suelto y teñido; usa sandalias altas y minifalda. La última, también entrada en carnes, cara aniñada, cabello castaño largo, blanca, toma constantemente el celular para verificar algo. Trae un vestido suelto, escote que deja ver las pecas de su pecho y las espinillas de la espalda, zapatos de piso, negros.

Luego de un nuevo paneo, nos encontramos con el semblante de la que parece mayor, las otras dos callan...

(Aquí estoy de nuevo, como si me viera en el espejo, único objeto de características masculinas —al menos gramaticales— que no me ha lastimado; heme aquí con un vodka en una mano y con el cigarro número... desconozco el número en el que voy, pero deben ser algo así como 10 o 15 a juzgar por el estado del cenicero.

Y ahora qué, de nuevo empezaré a contar la última versión de mis fracasos amorosos y digo esto porque después de 21 años de vida sentimental, si tomamos en cuenta que empecé con esto por allá de los 14

—algo tarde a la luz de estos días— he venido a caer en que son variaciones sobre el mismo tema. Entonces, aquí vamos...)

Es difícil establecer un principio que no podría ubicar en un momento y lugar específicos; digo, mis complicaciones deben haber iniciado seguramente por la Electra que todas llevamos dentro; esa necesidad de amor paternal insatisfecha y la creencia de que mi padre era la muralla en la cual las mujeres de la casa podríamos descansar; ilusa, no contaba con que el muro carecía de cimientos y que el detentador de la testosterona hogareña oficiaría de escapista poco antes de que cumpliera 15 años. A pesar de ello y gracias a que mi madre me expresaba su cariño con la delicadeza de un judicial, la figura paterna se acrecentó al grado que ahora, a los gloriosos 35, aún tiemblo al pensar en su eventual llamado para felicitar me por mi cumpleaños; huelga decir que el teléfono nunca repiquetea.

Mi primera relación sexual fue como debe haber sido la del 99% de las mujeres en este país: un fiasco. El individuo aquel de cuyo nombre no quiero acordarme, no me sedujo ni dijo palabras cariñosas en el oído, no, sólo me levantó la falda, hizo a un lado el calzón y me empujó contra uno de los escalones de la casa de una amiga. Si te dijera que no me acuerdo si me dolió, fue tan sin chiste, tan x, y así después de tres pujiditos se vino quedándose sobre mí, deshilachado, humedeciéndome el cuello con su vaho, jadeando como berraco. Fue entonces cuando reaccioné y la tradición judeocristiana con todos sus castigos divinos me cayó encima, así que antes de que el infierno me achicharrara aventé al fulano que, deslechado como estaba, no atinó a coordinar y rodó escalera abajo, mientras yo salía corriendo hasta llegar a casa donde reparé en la mancha escarlata de mis calzones.

A qué llanto tan más amargo, si fuera poeta podría conjurar alguna imagen que lo refiriera más adecuadamente. A partir de ese día y hasta hoy, he atesorado conmigo el llanto de demasiadas lluvias arrepentidas y sollozos derramados por los muros.

Me niego a reconocer que he fracasado, dado que se naufraga cuando algo se intenta, pero en este caso la mayoría de mis proyectos no llegaron ni siquiera a ser bosquejo; se perdieron en una vorágine de alcohol, fiestas, desmadre, en fin... todo aquello que en su momento me era indispensable para demostrarme, pero sobre todo, mostrarle a los demás, que era lo suficientemente capaz de triunfar y divertirme, no era ninguna *looser*...

De entrada, todo iba fenómeno, no había necesidad de establecer compromiso alguno con nadie, el asunto era disfrutar el momento y dejar de lado sentimentalismos baratos. No obstante, era una falacia que repetía constantemente ante mí y los demás para no exhibir mi enamoramiento, la entrega total que significaba conocer pendejetes que después de dos o tres acostones te dejaban con los calzones en la mano y el corazón asfixiado por la constricción de las tripas que se encaramaban hasta él y de nuevo la estúpida lloradera y las firmes promesas entre amigas –cervezas de por medio–, de no volver a caer. No acababa de decir eso, cuando los ojos estaban puestos sobre la siguiente víctima; se iniciaba la danza en el círculo concéntrico.

Así, una mañana de noviembre me sorprendió anunciándome que cumplía 25 años y mi vientre la certeza de que aquello que se movía en su interior tenía un apelativo más adecuado que simplemente “retraso”. No me interesaba en lo más mínimo saber el quién o el dónde, sino el cómo remediaría la situación. La opción más adecuada –según los argumentos de más de una amiga– era perderlo; no tenía trabajo, la universidad inconclusa, y ninguna clase de apoyo familiar. En lo que me decidí, pasó mes y medio más y no era confiable hacerme un legrado en esas condiciones, además de que carecía del dinero suficiente como para optar por ello.

A partir de ese momento, un sentimiento de amargura, que disminuía en momentos aislados por los movimientos fetales que me hacían concebir ilusiones y adoptar gestos de postal de 10 de mayo, comenzó a madurar, reforzado por una nueva orfandad: la de las “amigas” que me veían como la tarada número uno. Treinta y seis semanas después nacía el producto que registré como Lorena. Hubo que comunicarlo a mi madre que vio con sentimientos encontrados aquella situación. Por un lado feliz porque se cumplían sus profecías acerca de mi destino, aunque por el otro se jalaba los cabellos, pues sabía que su intervención la obligaba a dejar su vida cómoda de ver televisión todo el día, esperando la quincena para cobrar su pensión de burócrata jubilada.

Hay que reconocer que lo poco que duré en su casa se portó –para su carácter de rotweiller– a la altura. No me dio caldo de pollo o cosas por el estilo, pero al menos ayudó encaminándome teóricamente en la crianza, gozándome de lo lindo durante las mañanas al levantarme para lavar pañales sucios, luego de que pasaba la madrugada alimen-

tando al monstruo cada tres horas. Mis ojeras, de las que alguna vez me enorgulleciera porque le daban a mi rostro pálido de desvelos discotequeros un aire de heroína romántica, habían crecido tanto que casi tropezaba con ellas.

El armisticio duró sólo un par de meses, no aguantamos más. Tomé mis cosas y regresé a la universidad y coincidentemente a los brazos de quien en un principio no importaba en lo más mínimo. Ambos, mentes *avantgarde*, signamos un acuerdo verbal: estar juntos sólo hasta que alguna de las partes decidiera lo contrario. Sin embargo, y como lo dejó asentado el bardo Juan Gabriel, la maldita costumbre... y el temor a enfrentar la vida sola me mantuvo junto a él. Sus argumentos para justificar su permanencia, los ignoro.

Fue una simbiosis extraña; yo hacía como que era ama de casa y él hacía como que me quería, algo que de principio agradecí pues tenía la autoestima por los suelos y necesitaba algo en que aferrarme, así fuera un clavo ardiente.

Poco a poco, en la medida en que Lorena crecía, comencé a reintegrarme a la vida de la universidad, hice un nuevo círculo de amistades y en la medida de las posibilidades retomé el ritmo de vida habitual que había llevado. Estaba de vuelta, regresaba por mi parte en esa vida que estaba a punto de negárseme. ¿Lo veían imbéciles...? No era ninguna perdedora. Estaba de nuevo *on the road*. Carajo, la única imbécil que no veía mas allá de mis dilatadas fosas nasales era yo. La escuela era pan comido, trataba de convencerme, aunque sabía que tenía un pie prácticamente fuera; el remedo de relación de pareja era obvio que no llegaría muy lejos, entonces para qué preocuparse, a fin de cuentas la vida pondría a cada uno en su lugar y yo contaba, ahora sí, con muy buenas amigas que de presentarse la circunstancia sacarían la cara por mí.

Y así pasaron seis largos años, en el entreacto dejé la escuela, mis “amigas” emigraron, y yo me quedé con una hija y una parodia de relación de pareja en la que hubo momentos buenos –los menos– y momentos malos y muy malos, en los que lo peor de cada uno salió a flote. Mientras nosotros jugábamos al ping pong con bolas de mierda que nos reventaban en la cara, Lorena se aislaba cada vez más en su carácter extrovertido simulando una felicidad que obviamente no había conocido, mientras por dentro atrincheraba el corazón bajo un cerco de cactáceas.

Sería absurdo decir que respiré con tranquilidad cuando me enteré que, llamémosle Nicolás, tenía una amante. De nuevo el flagelo de la soledad me golpeó las escápulas y caí en el atávico juego del reproche, el llanto, las falsas promesas de cambios conductuales. No había voluntad en ninguna de las partes. De nueva cuenta intenté escapar, poner distancia física de por medio. No funcionó. Pero tampoco renunciaba, necesitaba ser castigada, expiar mis culpas y qué mejor manera que la humillación, el hundir mi cara en el lodo por pretender mirar hacia arriba, por creer que tenía la capacidad para amar y ser amada.

Pensar que me dejaba someter es absurdo. Una parte soportaba la vejación del engaño, pero la otra respondía en forma violenta, provocando una nueva embestida de insultos y arañazos; la agresividad era una defensa contra el rendirse, el sucumbir y contra la sensación de sentirme y saberme débil. Sin embargo, ambas máscaras se caían cuando el sentimiento de culpa –mitad por estupidez al soportar golpes físicos y morales, mitad por no saberme contener– me atrapaba estrangulándome.

Si en un principio establecimos una relación en la que no había nada por que luchar, a no ser por el bienestar psicológico sentimental de Lorena –aducíamos–, ahora se cimentaba un odio recíproco, enfermizo. Pero cada que intentaba abrir la puerta para escapar de aquella vorágine, yo le retenía; él, sabedor de mi reacción, no bajaba más de dos escalones para regresar como el vencedor, el dador de vida y esperanza. Lorena, desde el umbral de su cuarto, observaba aburrida la misma escena representada tantas veces.

Hoy hace quince días que por fin se fue, hace quince días habría dicho que me dejó; estoy tratando de empezar de nuevo, sola; no sé si lo logre. Lorena se fue con él. Así lo decidí. “Estoy harta de ti”, me dijo. Me oigo decir esto y pienso: “Toda mi vida me la he pasado siendo una ausencia”. (Me oigo decir lo anterior y pienso: ¿quiero de verdad tanto a Nicolás? ¿Me sigue pareciendo tan entrañable? Todo esto, por supuesto, ocurre dentro del silencio artificial que sólo capturan debidamente los paréntesis.) (¡Pero qué cantidad de pena propia y ajena!). Al menos quisiera que alguien me diera la esperanza de poder decir algún día, si es que éste llega y hay alguien a mi lado que lo escuche, que muero feliz porque he sido amada por mí misma... no obstante lo dudo...

Discúlpenme que no continúe, pero el desamor pertenece al tipo de experiencia enorme que lo reduce a uno al silencio...

No hay comentarios. La mano con el solitario toma la cerveza, le da un trago, la deja, va por el cigarro y después de expulsar el humo en una especie de suspiro inicia...

Hoy de nueva cuenta estoy buscando algo que me satisfaga. Al igual que tú, me impuse voluntariamente el tormento de Sísifo. Recuerda, el dolor redime. Quiero decir, no me arrepiento, pero cada muesca en la cacha de mi pistola ha ido gastando los tendones de mi voluntad, lo que hoy me mantiene postrada, dispuesta al sacrificio de “intentar” una felicidad al estilo *Cosmopolitan*, que implica no sólo mi anulación, sino que el presunto hallazgo de una vida plena representa al mismo tiempo su negación.

Reconozco en tu niñez la mía; esa necesidad de ser la sumatoria de los anhelos y el esfuerzo de mis padres. De la princesa precoz, lectora voraz de cuentos, que me permitían usufructuar un poco de su atención que disputaba contra congresos, conferencias y golpes bajos para ascender en el escalafón institucional, al que algún día ingresaré quizá con menos dificultades, a la aprendiz de bailarina, actriz y promesa de las artes plásticas, han arrojado la presente incógnita en este cuerpo de mujer que continúa en espera de ser despejada.

En ese proceso ninguna puerta estuvo cerrada; era la parte que mis abuelos castraron a mis padres y que a través mío pretendían recuperar para sí mismos. La niña debía conocer y aprender de su propia experiencia. Qué conste que no es reproche, pero el tráfago de la adolescencia a la adultez me dejó poco más que maltrecha.

Así, todo se manejaba en casa bajo una doble moral, rayana en la hipocresía; papá y mamá fingían no ver nada y yo hacía como que no hacía nada. Siempre cuadernos impecables y calificaciones de excelencia. Novio de manita sudada y de la mejor familia, que en casa procurábamos sentarnos en sillones separados y bajo la vigilante mirada de la abuela, la cual se perdía en el noticiero de las 10 de la noche, mientras nos despedíamos con un casto beso en los labios en el umbral de la puerta.

Pero fuera de la burbuja paterna, nos pegábamos unos fajos de antología, los que a la postre desembocaron en la cama. Quizá a diferen-

cia de otras mujeres, lo disfruté, no porque la relación carnal hubiera sido propiamente grandiosa, sino por la significación de transgredir la autoridad y porque me separaba años luz del resto de mis compañeras de la secundaria que hablaban del sexo únicamente de oídas. Pero —reitero— el disfrute fue en el plano simbólico. Recuerdo que sentía una abierta repugnancia a tocar sus genitales, algo que él insistentemente pedía (quién me viera ahora) y a lo que, virginal, me negaba. Al final de cuentas tuve que ceder y guiar su miembro hacia mi conejito, porque temía que eyaculara en mi ombligo, ya que por más esfuerzos que hacía no lograba atinarle a la vagina y tenía la panza toda llena de pulque.

No hubo ningún tipo de depresión, al menos en ese momento; insisto, me hacía *diferente*, cualidad que intenté ir consolidando conforme crecía en edad y mañas. Nunca fui de las pirujas que se acostaban con cualquiera, mucho menos de las mochas y mustias que tomaban agua en las fiestas o refresco de naranja, nunca coca, no fueran a pensar que se estaban chupando unas cubas.

No señor, yo junto con un selecto grupo de amigas, nos ubicamos en el renglón superior de la escala evolutiva. Procurábamos ligar con el mejor ganado, definido por el establo de procedencia y su precio de subasta. Incluso, el simple rumor de que algún chavo andaba con una de nosotras, hacía que su interés entre la gatiza aumentara. Y ese fue un factor que perduró hasta la universidad e incluso un par de años después... pero sólo un par.

En el proceso me habré enamorado, ¿qué te gusta?, tres o cuatro veces muuuy en serio, y un par más con cierta pasión —vulgo, calentura— pero igual que llegó se fue. Sin embargo, todos, casuales, apasionados o en serio, fueron efímeros, nacieron muertos, fundamentalmente porque yo así me lo propuse.

Me opongo a creer en el amor, aún hoy que me siento enamorada y con ilusiones, me niego a considerar, al menos, su perdurabilidad, sobre todo si tomamos en cuenta el principio en el que se fundamenta: *la seducción*. Seducir es morir como realidad y producirse como ilusión; en consecuencia la pervivencia del amor está determinada por la capacidad de los individuos de sostener ese acto de ilusionismo, de prestidigitación.

Y fue en mis padres donde tuve el mejor ejemplo. Mantuvieron el tinglado a sabiendas de que el doble fondo del sombrero se había descosido y los conejos ya saltaban por todo el escenario. Era patético ver-

los intentar recuperarlos y tratar de ocultar las rasgaduras. Gracias a Dios se separaron, se notaban exhaustos.

Mientras estuve en la prepa permanecí dentro de los límites que me imponía, hasta cierto grado, el respeto a la figura paterna. Sin embargo fue también campo de mis primeras incursiones en un mundo que me llamaba poderosamente la atención: el entorno intelectual en el cual ambos se desenvolvían. Fiestas y cenas en casas de pintores, académicos, artistas, escritores. No niego que flirtee con alguno de ellos, en su mayoría me salieron homosexuales o demasiado perversos y en ese momento yo escapaba como caperucita perseguida por el lobo, aunque en el fondo deseara terminar como la abuela, con el licántropo metido en el camisón y bajo mis sábanas.

El ingreso a la universidad marcó un cambio por completo en mi forma de ver el mundo. Aunque mantenía el círculo de amistades que arrastraba desde la secundaria, empecé a relacionarme con otro tipo de personalidades, digamos más... afines. Dividía los esfuerzos intelectuales entre el teatro y la literatura, hasta que por fin llegué a decidirme por la última, después de todo el histrión en mi inoculado permanecería y sólo sería cosa de despertarlo en el momento adecuado.

Empecé a forjar mi propia leyenda en los pasillos de la universidad, ahí nos conocimos ¿recuerdan?, y justo ahí fue donde la realidad en forma de desprecio masculino empezó a golpear mi rostro cuidadosamente dibujado por lápices y sombras que se corrían bajo el influjo de las lágrimas. Alguien me dijo que el día que las mujeres dejemos de llorar, ese día dejaremos de ser mujeres. Soporté más de una vez la humillación, pero por cada una clavé un juego de banderillas en el lomo de aquellos que bajaban el testuz. Finalmente era un juego en el que cada cual representaba su parte y en ese momento no estaba para yugos.

Lo sé, no me mires así, miento. Necesitaba sentirme protegida por alguien, aún hoy lo requiero, es quizá por ello que tomé esta decisión que hoy nos concita. Al menos sabía que ahí estaba él para reclamarme mis excesos, por eso le fui infiel tantas veces (cosa que se cobró una por una) y fui desleal conmigo misma. Había alguien a quien ofrecerle una disculpa y pedir perdón, mostrarle la espalda y darle el silicio. Así fueron los tres últimos años de la facultad. Hasta que el castigo perdió consistencia. El sexo se había convertido en una terapia, una especie

de agotamiento saludable para quitar la tensión o una experiencia conmovedora de fin de semana.

Entonces se abrieron nuevos caminos para explorar, yendo cada vez más abajo, conociendo cada vez más mis límites. Llegué a los 25 años con un porcentaje de parejas –fijas y ocasionales– envidiable; si hubiera sido beisbolista sería la envidia de cualquier cuarto bat ligamayorista, con un promedio arriba de .800, con las narices tan llenas de talco que parecía taco de billar de barrio.

Había llegado el momento de emigrar; la ciudad nos quedaba demasiado chica y el DF nos recibió con todas sus tentaciones abiertas. Estaba en la antesala del mundo; alucino al DF como un Nueva York en chiquito, o sea para naquitos. Claro que yo no entraba en esa clasificación porque, si bien era provinciana, pues tenía otra pátina, me entiendes. Conocí los antros de moda, la droga de moda y los tipos de moda. Pero la película estaba llegando al intermedio; en casa tenía obligaciones que cumplir. La tesis era exigencia de papá para seguir manteniendo mi ritmo de vida. Regresé por complacerlos, además de que ciertos aspectos de mi vida defequense comenzaban a hartarme.

Por darte un ejemplo, nos ligamos a unos modelos que vivían en un depto arriba del nuestro. Un argentino, un italiano y un mocosito mexicano que se veía a leguas era el querreque de ambos porque hacía unos berrinches fenomenales cada que en alguna fiestecita que organizábamos nos cachaba echando lengua con ellos, pero berrinches en serio, de amenaza de suicidio y toda la cosa. En fin, este par de cabroncitos nos habían agarrado de su barco; cada que no tenían lana iban nos o me cogían y luego, en el ínterin del cigarrito, me pedían prestado para salir con alguna ruca muchísimo más buena o comprarse su perico. Además era cagadísimo porque mientras cogíamos buscaban mirarse al espejo para observarse y se sonreían a sí mismos. O preguntaban ¿Cómo me veo cariño...? Y claro una toda caliente y bien metida, contestaba entre ayes y pujidos, “divino, mi cielo, eres un sueño”, güácala, cabrón.

En fin. Ya de regreso por estas tierras me dediqué a trabajar en la tesis y a disfrutar mi imagen de mujer de mundo y mi nueva capa de escritora. Estando en el DF me conecté con un par de bueyes que trabajaban para el ministerio de cultura y me consiguieron la publicación de un libraco. Huelga decir que papá pagó la edición, el coctel y

el pasaje del fotógrafo del diario del rancho que publicó una foto en su sección de sociales.

De pronto, yo también me encontré sola, frecuentando discotecas entre semana y fajando con mocosos de 19 ó 20 años, a quienes yo tenía que pagarles el motel y prestarles para el taxi, además eran de güeva porque si prolongábamos el romance, empezaban a celarme o pretendían que oficiara de mamá. En el anverso de la moneda, cuando yo llegaba a clavarme con algún tipo con depa y coche –adolescente o de nuestra rodada– e insinuaba extender la relación, me abofeteaban con la frase clásica de “no estar preparados para una relación más seria”, incluso los había sicoanalistas que pergeñaban cosas como “estoy pasando por una fase egoísta”, o los más *finos* que me salían con que ellos sólo pretendían un intercambio de fluidos.

El caso es que el resultado era el mismo. Después de hacer el amor me levantaba de la cama y me vestía esperando escuchar un “quédate... por favor”, pero después de ponerme las zapatillas y no escuchar nada yo era la que sugería. ¿Me pides un taxi o me llevas? La respuesta era más que obvia, “pídelo tú ¿no? es que no tengo crédito en el cel... Yo después te llamo”. Así que salía con toda dignidad del departamento, aunque tras la puerta me derrumbara y lo único firme que quedara fueran mis tacones. Me coroné como la Emperatriz del amor y el sexo efímero.

Este tipo de situaciones me fueron empujando hacia los extremos, al límite de mi capacidad de resistencia. Y así, sin que mediara un signo de aviso, un mal trip me llevó directo a terapia intensiva. Por supuesto que mamá y papá no se enteraron, al menos por mi boca. En ese momento hice tierra, terminé la tesis y les pedí que me sacaran del país. Un posgrado me esperaba en Europa y hacia allá fui. No podría resumir aquí todo lo que viví, han sido tres años, pero lo curioso es que mi estancia en París, Madrid, Milán, me enseñó que lo que buscaba era una relación estable, de tú a tú, una pareja sin amos, que la dupla que participáramos de ella entendiéramos que seríamos socios iguales del goce o del destino, sin contratos leoninos. Que el sentido de propiedad del otro desapareciera, ante la premisa de que nadie se vendía a nadie. Y así, sin buscarlo lo encontré. Un buen día, en uno de mis regresos a México para pasar algunos días con mis padres y los amigos, nos cruzamos por casualidad en el aeropuerto. Él, Cancún; yo... ya saben... para acá ¿no? Ambos decidimos quedarnos en el DF, y lo demás es his-

toria que ustedes conocen. Ya compramos la casa y estamos buscando las cortinas, los muebles y todo eso. En cierto modo reconozco que no era propiamente lo que querían para mí mis padres, pero ¿y lo que yo quiero para mí? No entiendo su enojo, incluso no quiere que trabaje, deberían valorarlo, pues eso me va a permitir dedicarme de lleno a la casa... y más tarde, por qué no, a los niños. Lo de la literatura he decidido dejarlo para después, ahora sólo quiero disfrutar de esto... mientras dure.

De nuevo el silencio, acallado por el tráfago de autos que se dirigen al encuentro de lo impreciso. La tercera agacha la cara y toma el celular una vez más, como si detrás de él se parapetara. Hace una mueca indicando cierta sorpresa desagradable. Se pone la mano en el pecho, una vez más como para protegerse, suspira y empieza...

No pues sí, verdad. Está cabrón esto del amor. El problema conmigo es que yo sí quisiera establecer una relación de pareja pero normal. O sea, ¿si me entiendes no? La bronca es que me enamoro muy fácil e igual de sencillo me mandan a la chingada, buey. Entonces qué madres hago. Y te lo juro, o sea, cada vez prometo no volver a cometer los mismos errores y cuando menos lo espero, chíngale, otra vez la pendeja de yo dándolas, pero literalmente.

Sí, ya sé que me han repetido más de una vez que en eso radica el problema, pero qué quieres, la carne es débil. Además, lo que les acabo de decir no es cierto, no me interesa casarme, todos los matrimonios o parejas que conozco están del nabo. Prefiero fantasear. No sé...

Mi mamá desde chiquitas nos castraba mucho, la ventaja de mis hermanas es que se salieron de la casa y marcaron su distancia. En cambio yo, a pesar de que he vivido por periodos fuera, de alguna u otra forma sigo siendo la menor y pues tengo todas mis cosas ahí, verdad, entonces ni manera de decir que soy independiente. ¿Mi papá?, ése no cuenta, desde la primera vez que mi mamá le pegó de gritos, decidió hacerse el occiso y formar parte de la decoración de la casa. Se convirtió en una especie de hijo mayor de mi madre.

Mis hermanas de puta no me bajan, y la verdad, pues yo creo que sí, la única diferencia es que yo no cobro, es más... no pero si les digo me van a madrear. Prométanme que no me van a decir nada... yo he llegado a pagar... ¿Ya ven?, ¡les dije!... pero es que estaba muy gua-

po y *this big*... No, pero es que tengo muy mala suerte. O sea la cosa empieza muy bien, pero después de un mes o dos de estar saliendo y acostándonos, todo se acaba... no sé, creo que es mi culpa. A lo mejor soy muy posesiva... o muy caliente y los canso. Cada que termino una relación juro que no volveré a caer y al siguiente fin de semana, no tengo una hora de haber llegado al antro cuando ya estoy fajando con un buey, que invariablemente termino con él en la cama. Lo más que he logrado tener de abstinencia ha sido un mes... digo... ¿el sexo oral no cuenta... o sí?... eso fue hace poco, pero no vale la pena... está bien par de morbosas.

Ay, no, si esa fue otra. Hagan de cuenta que estaba acá, bailando de lo más tranquila en un antro, cuando se me acercó una vieja y como no queriendo me embarra las tetorrias en la espalda. Y yo así como que órale, verdad. Digo, que te arrimen el camarón es una cosa, hasta lo agradeces, sobre todo en el estado de gracia en que estaba, pero ya que llegue otra chava de las de acá, pues como que no. Me sacó de onda, pero dije, haber, tranquila mi Claudia, es la pinche abstinencia. Seguí bailando, cuando bolas Don Cuco, que me trastea las naylon. Entonces sí, que me doy la vuelta dispuesta a darle un... beso, cabrón, estaba esperando que volteara para darme un beso. Tomó mi cara con las manos y me besó.

Te lo juro que me dejó haciendo bizcos... ¿cómo?, si con lengua y toda la cosa, no pude evitarlo. Además, se nota que la nena tenía el numerito bien ensayado, porque de bolada me pegó una masajeadita en las bubis. Deben haber sido segundos, temblaba de las piernas. Gracias a Dios, bendito DF, nadie me conocía, verdad, así es que por primera vez agradecí ser completamente anónima. Cuando me cayó el veinte, porque entre la música, las luces, y el calor –pero qué calor– en el antro y dentro de mí, se me borró todo, así que cuando regresé ya le estaba diciendo mi nombre, mientras ella –perdón, Laila, se llamaba Laila– me bailaba alrededor y se me untaba por todo el cuerpo. Aquí voy a perder, pensé, por lo que intenté poner tierra de por medio, pero *¡big mistake!*, le dije que iba al baño, lo que en términos de ligue significaba, comprendí inmediatamente, una invitación. Cuando empezaba a desabrocharme el pantalón para echarme una miadita, se acercó por detrás y empezó a meterme mano; yo no opuse mucha resistencia, verdad, un mes, cabrón, un mes de vigilia, pero bueno eso lo pensé después como para justificarme.

Yo estaba como si un policía me realizara un cateo: las piernas abiertas y los brazos contra la pared ¡no, qué pena!, me acuerdo perfectamente. Fue como si me desprendiera y estuviera viendo mis quimeras más escondidas hilvanadas a capricho, todo desde una butaca. Me supe perdida cuando me di la vuelta y alcé una patita para recargarla en el excusado, mientras le acariciaba el cabello a Laila que afanosa, exploraba mi pubis con la lengua. Lo más curioso de todo es que, bueno debe haber sido por la forma, no sé, lo prohibido tiene su gusto ¿no?, pero de momento sentí que me había gustado... es que después de tanto tiempo de convivir con hombres, digo, muchos me han hecho sentir en el cielo, pero, pues como que no fue lo mismo.

Con los hombres me siento usada, termino con un sentimiento de culpa muy grande. Digo, ustedes se dieron cuenta muchas veces, como que estaba tratando de llenar un vacío muy grande, y no era precisamente mi cavidad vaginal, verdad, y cada que algún cabrón me dejaba como que me hundía más. Hoy mismo, no puedo decir hasta dónde tengo la mierda, pero lo que sí es cierto es que ya no la huelo tan cerca.

Claro, eso no quiere decir que soy lesbiana, ¿verdad?, digo, sí me gustó, pero hasta ahí. Es como a los hombres que les gusta que les metan el dedo, digo, eso no quiere decir que sean putos, ¿no? Además, después de lo de esa noche, no he vuelto a ver a Laila... bueno, no en esos términos. Cuando... lo del baño, después de lo que pasó, me anotó su teléfono en la palma de la mano, me acarició la mejilla y se fue. Estaba como pasmada, y a los dos o tres días llamé para quitarme la tentación, pero en cuanto levantaban la bocina colgaba... cuando decidí abortar la misión, bolas, que suena el celular, era ella buey, –identificador de llamadas, creo que se llama el aparatito–. No mames, me sentía como adolescente, la panza hecha mariposas, las palmas de las manos sudando... contesté y me preguntó si era yo, en fin que acabamos tomándonos un café en Coyoacán; tiene 18 años, es una mocosa.

Estuvimos platicando cosas sin importancia, pero al despedirnos le dije: “Oye, quiero que te quede una cosa claro, no soy lesbiana”. “Yo tampoco”, me dijo sonriendo, me besó en la boca y salió corriendo, así... nada más. Me ha mandado flores, un peluche, no sé me divierto mucho con ella, me trata muy bien, es muy tierna, pero no nos hemos acostado. Es curioso, pero si fuera un hombre, no sé, ya hasta un aborto hubiera tenido. Digo, no es nada serio e insisto, no soy lesbiana...

De nuevo el silencio. La mayor mira el reloj, argumenta tener pendientes. Piden la cuenta. Cada una deposita su parte en la charola. Se toman de la mano, cruzan miradas y se levantan fundiéndose en un abrazo. A alguna se le escapa una lágrima. Se ponen de acuerdo para verse pronto, en la boda. Mientras se alejan en segundo plano, la mirada se concentra en la colilla de uno de los cigarros, desbaratada, sin terminar, con el filtro manchado de lápiz labial y la braza reanimándose con el aire marino... negro.